El período de las profecías de Jeremías

Dayton Keesee

¿En qué tiempos vivió Jeremías, y bajo cuáles reyes sirvió? ¿Cómo se relacionaron el profeta y los reyes? ¿Qué relación tuvo Jeremías con los demás profetas? ¿Cómo hizo para darles poder y claridad a sus mensajes? ¿Cómo encaja este libro en el plan eterno de Dios? Estas y otras preguntas fundamentales deben responderse antes de estudiar las enseñanzas específicas del libro de Jeremías.

¿DÓNDE Y CUÁNDO VIVIÓ JEREMÍAS?

El primer versículo del libro identifica a Jeremías con Anatot, en la tierra de Benjamín, una ciudad que estaba a unos cuatro kilómetros de Jerusalén. Cuando el pueblo de Israel tomó posesión de Palestina, Anatot fue conquistada por Josué y fue apartada para los sacerdotes (Josué 21.13–19; 1º Crónicas 6.57–60). Jeremías vivió allí (Jeremías 29.27) y a la vez en Jerusalén (29.1; 32.2–3, 7–9; 38.6, 13; 39.14). Aunque no hay constancia de que Jeremías sirviera en el sacerdocio, su padre era sacerdote (1.1), de modo que creció en un ambiente sacerdotal.

Jeremías 1.2–3 señala con precisión el tiempo en que vivió el profeta. El servicio profético de Jeremías abarcó el período que va desde el año decimotercero de Josías hasta el año undécimo de Sedequías, cuando Judá fue llevada cautiva a Babilonia. Aun después de la caída de Judá, Jeremías continuó su obra en el exilio, habiendo sido llevado por su propio pueblo a Egipto (43.1–7; 44).

Josías llegó a ser rey en el 640 a. C. Por lo tanto, el 627 a. C. fue el año cuando Jeremías comenzó su actividad profética, la cual continuó hasta después del año 586 a. C., cuando Judá fue desolada (39.6–14).

¿QUIÉNES FUERON LOS REYES?

Durante un período de cuarenta años, Jeremías sirvió bajo cinco reyes: Josías (1º Crónicas 3.14–17; 2º Reyes 21.23—22.2); Joacaz (Salum; 2º Reyes 23.30–37; Jeremías 22.11); Joacim (2º Crónicas 36.5–9); Joaquín (Jeconías o Conías; 2º Reyes 24.5–12; Jeremías 22.24–30); y Sedequías (2º Reyes 24.17–20; 2º Crónicas 36.10–13). De los cinco reyes, Josías fue el único que sirvió a Dios y al pueblo como debía (2º Reyes 22.1—23.8; 2º Crónicas 34; 35). En la siguiente tabla se muestran los tiempos en que reinaron:[1]

LOS REYES BAJO LOS CUALES SIRVIÓ JEREMÍAS DESDE EL 627 HASTA EL 586 A. C.

Reyes de Judá	Años en que reinaron	Tiempo que reinaron
Josías	640–609 a. C.	31 años
Joacaz (Salum)	609 a. C.	3 meses
Joacim	609–598(?) a. C.	11 años
Joaquín (Jeconías, Conías)	598(?) a. C.	3 meses
Sedequías	597–586 a. C.	11 años

[1] Vea las Ayudas de estudio que se ofrecen en el artículo «Jeremías un varón de Dios» donde encontrará más información sobre estos reyes.

DESDE SALOMÓN HASTA JOSÍAS . . .

La decadencia espiritual de los tiempos de Jeremías puede trazarse hasta el rey Salomón en el 1000 a. C. Quinientos años antes de Salomón, Dios había declarado por medio de Moisés ciertas cosas que el rey de Israel no había de hacer (Deuteronomio 17.15–17). Por ejemplo, el rey no había de tomar para sí muchas mujeres, pero Salomón tuvo setecientas esposas y trescientas concubinas (1º Reyes 11.1–8). ¡Todo lo que Dios aborreció, Salomón lo abrazó!

Dios había decretado que el rey había de escribir una copia del pacto de Dios, leer las Escrituras todos los días, y *guardar* «todas las palabras de esta ley y estos estatutos» (Deuteronomio 17.18–20). *¡Ninguna de estas cosas hizo Salomón!* En 1º Reyes 11.4–10 y en 2º Reyes 23.13, leemos acerca de la vergonzosa idolatría de Salomón. Tal como se revela en 1º Reyes 11.5–7, Salomón sirvió a los dioses de muchos: «Porque Salomón siguió a Astoret, diosa de los sidonios, y a Milcom [Moloc],[2] ídolo abominable de los amonitas […] Entonces edificó Salomón un lugar alto a Quemos, ídolo abominable de Moab […] y a Moloc…».

Salomón, una confusa combinación de sabiduría y maldad, fue útil y a la vez dañino. Llevó a la nación de Israel a las más altas cumbres del éxito económico, pero ¡echó los cimientos para su caída en el olvido!

J. A. Thompson hizo una abarcadora reseña del curso por el cual transitó Israel desde los tiempos de Salomón hasta los días de Jeremías:

> Después de la muerte de Salomón su reino se dividió en dos estados rivales: Israel y Judá, con dos capitales: Samaria y Jerusalén, dos administraciones, dos ejércitos, y dos clases de práctica religiosa. De los dos, Israel era el estado más grande y más rico. Los dos estados eran reinos, de modo que había dos reyes en esta diminuta región. Durante casi doscientos años coexistieron, a veces en guerra, y a veces viviendo en condiciones de paz. Vivieron independientemente y pelearon sus propias guerras contra los vecinos […] Pero todo cambió con la aparición del asirio Tiglat-pileser III (745–727 a. C.) poco más de un siglo antes de que Jeremías viviera. Fue un siglo vital que vio la introducción en Israel y Judá de una gran cantidad de problemas políticos y religiosos […] [Como resultado de la política de Acaz, Judá] se vio obligada a asumir las obligaciones de vasallo normal, que incluían el pago de tributos y el reconocimiento de los dioses de Asiria en el templo en Jerusalén. Acaz fue obligado a comparecer ante Tiglat-Pileser en Damasco y a rendir homenaje a los dioses asirios en un altar de bronce que había allí. Una reproducción de este altar se hizo después y fue colocada en el templo de Jerusalén (2º Reyes 16.10–15). Era una posición humillante con muy poca probabilidad de obtener la aprobación del pueblo de Judá […] Ezequías (715–687 a. C.), el hijo de Acaz, probablemente reflejó el descontento de muchos en la nación e inició acciones para revertir la política de su padre, emprendiendo abarcadoras reformas religiosas y haciendo suficientes demostraciones de su deseo de recuperar la independencia de Judá para atraer la atención del gobernante asirio Senaquerib (705–681 a. C.) en el 701 […] Los esfuerzos de Ezequías por liberarse de Asiria fracasaron. Después de su muerte, su hijo Manasés (687–642 a. C.) una vez más llevó a Judá a la posición de estado vasallo de Asiria […] Esto incluía no solo la sumisión política, sino también algún reconocimiento de los dioses de Asiria. Pero él fue más allá y parece que abrió la puerta a toda suerte de prácticas religiosas de clase irregular. Suspendió las medidas de reforma de Ezequías, permitió la restauración de santuarios locales, dio total libertad a las prácticas paganas de todas las clases, toleró el culto a la fertilidad con su prostitución sagrada en los mismos recintos del templo (2º Reyes 21.4–7; Sofonías 1.4–5). Se permitió incluso el culto a Moloc, que practicaba sacrificios humanos (2º Reyes 21.6). Antiguas prácticas cananeas, el culto a Baal, el erigir monumentos de Asera, el culto a deidades astrales, y multitud de otras prácticas que constituían una ofensa […] fueron desatadas en Judá una vez más. Todo esto llevó a que se borraran las líneas que separaban del paganismo el culto a Yahvé, y a un total desprecio de la ley del pacto.[3]

Amón, el hijo de Manasés, fue entronizado durante dos años e hizo mal delante de los ojos de Jehová tal como su padre había hecho (2º Reyes 21.18–20). El reinado de cincuenta y cinco años de Manasés marcó una pauta de impiedad que no desaparecería.

[2] La más penosa respuesta a estos dioses era la práctica de ofrecer niños a Moloc. J. H. Thayer hizo el siguiente relato de este desagradable acto: «la imagen [de Moloc] era una figura hueca de bronce, con la cabeza de un buey, y brazos humanos extendidos. Se calentaba al rojo vivo con un fuego que se encendía dentro de ella, y a los pequeños se les colocaba en sus brazos para que se quemaran lentamente, a la vez que, para impedir que sus padres oyeran su llanto de muerte, los sacerdotes del sacrificio tocaban tambores» (C. G. Wilke and Wilibald Grimm, *A Greek-English Lexicon of the New Testament [Un Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento]*, trad. y rev. Joseph H. Thayer [Edinburgh, Scotland: T. & T. Clark, 1901; ed. reimpresa, Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1977], 417).

[3] J. A. Thompson, *The Book of Jeremiah (El libro de Jeremías)*, The New International Commentary on the Old Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1980), 11–13.

¿CÓMO GOBERNARON LOS REYES?

Cuando *Josías*, el nieto de Manasés, le nació a Amón, este debió de haber tenido unos dieciséis años. Por lo tanto Josías tenía ocho años cuando Amón murió a la edad de veinticuatro (momento en el cual Josías llegó a ser rey; 2º Crónicas 34.1). Cuando se hizo rey, la idolatría y los pecados sociales se habían extendido en Judá. De allí que cause maravilla el hecho de que Josías fuera un hombre piadoso desde su juventud. ¿Cómo llegó a suceder esto? «Hay quienes conjeturan que tuvo al profeta Sofonías como tutor suyo durante su niñez y adolescencia».[4] Puede que haya otra posibilidad, que contiene una gran aplicación. ¿Recibió Josías su instrucción inicial de su abuelo Manasés, después que este se arrepintió? En Segundo de Crónicas 33.9–19 se relata este profundo cambio de mentalidad y de vida.

Debido a la flagrante iniquidad e idolatría de Manasés, Dios hizo que las fuerzas asirias marcharan contra Judá. Para Manasés, este ataque fue una experiencia que le cambió la vida. Fue aprisionado «con grillos», atado con cadenas de bronce, y llevado a Babilonia. Después de esto, el rey se humilló en gran manera delante de Dios, lo cual dio como resultado que volvió a Jerusalén. Luego Manasés quitó los ídolos de la casa de Jehová, estableció el altar de Jehová, hizo ofrendas de paz y de acción de gracias, y «mandó a Judá que sirviesen a Jehová Dios de Israel» (2º Crónicas 33.16).

Independientemente de lo que haya influido para bien, lo cierto es que Josías, durante su reinado de treinta y un años, lanzó uno de los más asombrosos cursos de reforma y restauración de los anales del pueblo de Dios. En Segundo de Crónicas 34.3 se nos informa de que Josías tenía unos dieciséis años cuando comenzó a buscar a Dios, búsqueda que dio como resultado el comienzo de una reforma. A los veinte años de edad, ya había limpiado la tierra de Judá y más allá de Judá de «los lugares altos, imágenes de Asera, esculturas, e imágenes fundidas». Sus esfuerzos de reforma incluyeron el derribo de altares, la demolición de casas de prostitutas, el deshacerse de caballos y carros relacionados con los dioses, y el hacer pedazos las columnas paganas. Quemó estas influencias idolátricas, y esparció el polvo de estas sobre los sepulcros del vulgo y en el campo de Cedrón. Incluso mató a los sacerdotes inicuos de los lugares altos (vea 2º Reyes 23.4–20).

Aquella abarcadora reforma fue seguida de inmediato por una restauración, incluyendo una celebración de la Pascua tal como no se había visto desde «los tiempos en que los jueces gobernaban» (2º Reyes 23.22). Esto es lo que los anales divinos declaran acerca de la singular vida de Josías: «No hubo otro rey antes de él, que se convirtiese a Jehová de todo su corazón, de toda su alma y de todas sus fuerzas, conforme a toda la ley de Moisés; ni después de él nació otro igual» (vers.º 25).

Fue en el año decimotercero del reinado de Josías, que Jeremías comenzó su obra profética (Jeremías 1.2). En vista de que Josías reinó durante treinta y un años, este y Jeremías fueron «miembros de un mismo equipo» que trabajó para Dios durante unos dieciocho años. Más adelante, Dios elogió a este rey al decir a Joacim: «¿No comió y bebió tu padre [Josías], e hizo juicio y justicia, y entonces le fue bien? Él juzgó la causa del afligido y del menesteroso, y entonces estuvo bien. ¿No es esto conocerme a mí? dice Jehová» (22.15b–16).

Debido a que Jeremías tenía en tan gran estima a Josías, no debe sorprendernos que en las exequias de este rey «Jeremías endechó en memoria de Josías» (2º Crónicas 35.25a). En contraste con lo anterior, lo que Jeremías sugirió para el breve e inicuo reinado del hijo de Josías, *Joacaz* (o Salum, según Jeremías 22.10–12; 2º Reyes 23.29–33) fue que el pueblo llorara amargamente por él, «porque», explicó Jeremías, «no volverá jamás, ni verá la tierra donde nació» (Jeremías 22.10b). Joacaz murió en el exilio, en Egipto.

Los tres reyes que siguieron, *Joacim*, *Joaquín* y *Sedequías*, apresuraron la caída de Judá en la cautividad babilónica. Solo una breve reseña de las actividades e influencia de estos reyes, es necesaria.[5]

Jeremías tuvo algunos tiempos muy difíciles durante el inicuo reinado de Joacim. Esto fue lo que dijo Keil:

> Al comienzo mismo del reinado de Joacim, los sacerdotes, los profetas y el pueblo que estaban reunidos en el templo, le echaron mano a Jeremías, porque este había declarado que Sion iba a tener el mismo destino de Silo, y que Jerusalén iba a ser destruida. Lo hallaron digno de muerte, y escapó del poder de sus enemigos

[4] James E. Smith, *The Major Prophets (Los profetas mayores)*, Old Testament Survey Series (Joplin, Mo.: College Press Publishing Co., 1992), 179.

[5] Vea la Ayuda de estudio en el artículo «Jeremías un varón de Dios», que da las referencias que se hacen en Jeremías en cuanto a estos cinco reyes. Esa enumeración pone de manifiesto que la secuencia del material del libro de Jeremías, no se encuentra sistemáticamente en orden cronológico.

> únicamente por la mediación de los príncipes de Judá, que corrieron a su rescate, y le recordaron al pueblo que en los tiempos de Ezequías, el profeta Miqueas había pronunciado una profecía parecida, y sin embargo no sufrió nada en manos del rey, porque este temió a Dios.[6]

¿Ha sido usted alguna vez amenazado de muerte? Jeremías lo fue. La amenaza de muerte a un profeta no era asunto pequeño en los tiempos de Joacim. Otro profeta, Urías, fue amenazado de muerte y huyó a Egipto. Joacim envió hombres a Egipto para buscar a Urías y traerlo de nuevo a Judá. Después Joacim lo mató a espada y echó su cuerpo en los sepulcros del vulgo (26.20–23). ¡Una amenaza de muerte proferida por Joacim era un serio peligro!

Es inevitable la realidad de la regla de las consecuencias que ha estipulado Dios: «todo lo que el hombre sembrare, eso también segará» (Gálatas 6.7b; Números 32.23). Esta regla se hizo manifiesta en la muerte de Joacim, a quien sacaron de Jerusalén y recibió la sepultura de un asno (Jeremías 22.18–19) sin que nadie se lamentara. Este arrogante rey ególatra y codicioso, que desafió a Dios y a Su profeta al rasgar y echar al fuego el mensaje inspirado (Jeremías 36.4–6, 21–25), vivió en la iniquidad y murió en la ignominia.

Un año del reinado de Joacim fue especialmente significativo al estar relacionado con la historia de Judá y la profecía de Jeremías. Theo. Laetsch escribió:

> … Son tres veces distintas que el profeta llama la atención al cuarto año de Joacim: cap. 25.1; 36.1; 45.1; los únicos pasajes en que este año se menciona en los cap. 2—45. Veremos que cada uno de estos tres capítulos se enlaza con una de las tres secciones del cap. 1, y que cada una de estas resume a la vez el capítulo que le precede, dividiendo de esta manera la Parte I, cap. 2—45, en tres secciones (cap 2—25; 26—36; 37—45), teniendo cada una como su conclusión de resumen un capítulo que se refiere al cuarto año de Joacim y enlazándolo con el cap. 1.[7]

Las anteriores palabras no solamente nos proporcionan algún entendimiento de la estructura del libro de Jeremías, sino que también nos ayudan a entender la relación cronológica de los eventos. Este fue el año en que el soberano babilónico Nabucodonosor llevó a cabo su conquista inicial de Judá. Esta conquista inauguró el comienzo de los setenta años que pasó Judá en la cautividad babilónica (25.11). Esto fue lo que William Hendriksen dijo acerca de este tiempo:

> Estos eran los días de levantamiento y caída de imperios. La batalla de Carquemis selló el destino de Egipto así como de Judá. Los setenta años de soberanía babilónica (605–536) dieron comienzo. En el reinado de Joacim se pueden distinguir tres períodos: a. vasallo de Egipto, 608–605; b. rey títere más o menos dispuesto que rendía tributo a Babilonia, 605–601; c. en rebeldía contra Babilonia, 601–597.[8]

Cuando Joacim murió y su hijo Joaquín (también llamado Jeconías y Conías) llegó a ser rey, este fue vasallo de Babilonia.[9] Después de un breve reinado inicuo de tres meses, Joaquín fue llevado cautivo. Juntamente con su madre y muchos más, fue llevado de Judá a Babilonia (2º Reyes 24.8–16).

Jeremías abarcó brevemente la caída y el futuro de Joaquín en la frase «vasija despreciada» (Jeremías 22.24–30). Debería hacerse notar que Joaquín fue señalado como «hombre privado de descendencia» (vers.º 30), a pesar de que en 1º Crónicas 3.17–18 se enumeran siete hijos suyos. No es que haya discrepancia; sino que la lista afirma que ningún hijo o descendiente de este rey ascendería alguna vez al trono en Jerusalén.[10]

El último rey de Judá fue Sedequías (2º Reyes 24.17–20; 2º Crónicas 36.10–13). Vemos en este un triste ejemplo de alguien que fue introducido a la

---

[6] C. F. Keil y F. Delitzsch, *Commentary on the Old Testament (Comentario sobre el Antiguo Testamento)*, vol. 8, *Jeremiah, Lamentations* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., s. f.), 14.

[7] Theo. Laetsch, *Jeremiah (Jeremías)*, Bible Commentary (St. Louis: Concordia Publishing House, 1965), 12.

[8] William Hendriksen, *Bible Survey (Reseña de la Biblia)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1953), 270.

[9] La edad de Joaquín cuando ascendió al trono ha servido de problema textual. ¿Tenía ocho o dieciocho años de edad? El hecho de que tenía esposas (2º Reyes 24.15) indicaría la edad mayor de dieciocho. Smith dio la siguiente explicación: «2º Reyes 24.8 da a Joaquín una edad de dieciocho en el momento de su ascenso, pero 2º Crónicas 36.9–10, le da una edad de ocho. En el idioma hebreo, el número dieciocho se escribe con dos palabras, la palabra que se traduce por ocho y la que se traduce por diez. En el proceso de copiar el manuscrito de Crónicas, algún escriba debió de haber omitido accidentalmente la palabra que se traduce por diez» (James E. Smith, *Jeremiah and Lamentations [Jeremías y Lamentaciones]*, Bible Study Textbook Series [Joplin, Mo.: College Press, 1972], 18).

[10] Esta llega a ser una manifestación profética importante cuando notamos Mateo 1.1–11. Jesucristo era del linaje de Jeconías. Por lo tanto, Jeremías nos asegura que Jesús jamás se sentará en el trono de Dios en Jerusalén —¡un repique mortuorio para todas las falsas afirmaciones que hacen los premilenaristas en el sentido de que Jesús reinará allí un día durante mil años! Jesús no va a volver a esta tierra para reinar, sino que cuando venga Su pueblo preparado se encontrará con él en el aire (1era Tesalonicenses 4.16–17; vea Hechos 1.9–11).

fuerza en un papel de liderazgo, pero que jamás debió haber estado allí. Su reinado de once años siguió constantemente una pauta en zigzag de prestar oído a quienquiera que estuviera cerca. Jamás tomó una decisión firme basada en la lógica o en la ley de Dios. Hubo influencias que lo apartaron de hacer lo correcto para someterse a cualquier mensaje equivocado que se acercara a sus oídos. Aun cuando Jeremías daba consejo de Dios, alguna otra influencia maligna pareció estar más cerca. Necesitaba darse cuenta, como todos nosotros, que Dios no está lejos de nosotros. No obstante, Sedequías hizo caso omiso de Dios y del mensajero de Este, tomando la vía fácil de la evasión de responsabilidad. William Hendriksen comentó:

> Sedequías era un debilucho. En lo más profundo de su corazón, él sabía que Jeremías era el siervo de Jehová, y que sus profecías iban a cumplirse. De hecho, estaba lleno de una especie de respeto supersticioso para con el profeta, y buscó el consejo de este una y otra vez. Este consejo fue siempre el mismo: «Sométase al rey de Babilonia, a quien has jurado lealtad, y no te unas a ningún movimiento rebelde». Pero Sedequías tenía miedo de sus nobles y generales, y no se atrevió a oponerse al clamor de estos por la revuelta.[11]

Esta conducta acomodaticia, vacilante e inestable, de Sedequías llevó a una vida cargada de vergüenza y fracaso. Fracasó como *esposo* cuando sus esposas fueron llevadas cautivas a Babilonia (38.23). Fracasó como *padre* cuando sus hijos fueron degollados en su presencia (39.4–6; Génesis 18.19). Fracasó como *hombre* cuando se le dio la opción de salvar su vida (38.17–18). Fracasó como *rey* cuando emprendió un curso que aseguraba que Jerusalén sería destruida y quemada (38.23; 39.8; 2º Crónicas 36.17–19; 2º Reyes 25.6–11).

Este miserable fracaso era resultado del temor. Debido a que Sedequías temía a los oficiales (38.2–6), el profeta que podía haberlo guiado a vivir como era debido fue lanzado a una cisterna para que muriera. Sedequías temía a los judíos que podían maltratarlo, cuando las verdaderas fuerzas que determinarían su caída eran Nabucodonosor y Dios (38.17–19). Huyó cuando Babilonia invadió Jerusalén. Si se hubiera rendido, habría vivido y salvado la ciudad (38.17; vea 39.1–8).

¿Cuántos hay que por temor, se han alejado de Dios, en lugar de volverse a Él? ¿Cuántos hay que, por temor de la presión de los que están cerca, eligen estilos de vida que intensifican la presión? ¿Cuántos hay que, por temor de un padecimiento temporal, han emprendido un curso que llevó a la aflicción eterna?

Según Josefo, Sedequías fue mantenido en prisión en Babilonia hasta que murió, y después recibió honras fúnebres propias de un rey.[12]

¿CUÁL ERA LA ACTITUD DE JUDÁ?

¿Cuál era la actitud de Judá ante la tendencia rebelde de estos cuatro reyes? A medida que la conquista babilónica progresaba, ¿despertó el pueblo de su maldad? ¿Adoptaron un espíritu penitente? James E. Smith dijo:

> Lo que algunos estaban diciendo, para ser exactos, es que las reformas del rey Josías eran la causa de toda la desgracia. «Lo que debemos hacer», decía el pueblo, «es volver a las prácticas paganas que había en los tiempos de Manasés. Cuando Josías destruyó los santuarios paganos, él ofendió a los dioses. Si alguna vez hemos de tener esperanza de paz y prosperidad, debemos ganar el favor de esas deidades ofendidas». Esta actitud se manifiesta de forma más clara en el remanente de judíos que huyeron a Egipto, después de la muerte de Gedalías (Jeremías 44.15–19); pero tal actitud debió de haber estado presente sin duda antes de la caída de Jerusalén. Ezequiel menciona a mujeres que estaban endechando a Tamuz a las puertas de Jerusalén (8.14), y a hombres que estaban adorando al sol junto al altar de Jehová (8.16–18), y a ancianos que estaban dentro de cámaras oscuras del templo ofreciendo incienso delante de figuras de animales (8.7–13)…
>
> Otra actitud que se había extendido era que el Señor había abandonado la tierra… (Ezequiel 9.9).
>
> Algunos estaban seguros de que el Señor estaba siendo injusto con la nación. Estaban convencidos de que se les estaba castigando por algo que sus padres hicieron. Esta creencia se expresaba mediante un popular proverbio de aquel tiempo: «Los padres comieron las uvas agrias y los dientes de los hijos tienen la dentera» (Jeremías 31.29; Ezequiel 18.2). Algunos se habían atrevido a declarar que el camino del Señor no era justo ni recto (Ezequiel 18.25).[13]

Así eran los tiempos trágicos en que Jeremías fue llamado a predicar y a poner por escrito el mensaje de Dios. Vivía en una cultura corrupta que se estaba precipitando hacia la destrucción. Los días y los eventos se sucedían sin que la situación presentara mayores cambios. Esto llevó a una repetición de reprensiones que no era tanto

[11] Hendriksen, 271.

[12] James E. Smith, *Jeremiah and Lamentations (Jeremías y Lamentaciones)*, Bible Study Textbook Series (Joplin, Mo.: College Press, 1972), 26.

[13] Ibíd., 27–28.

monotonía literaria como sí era constante miseria social y espiritual.

¿Cómo habría manejado usted la situación? ¿Se hubiera tambaleado su fe en esta tierra de lujuria y criminalidad? ¿Se hubiera quedado usted para trabajar con ese pueblo? Son grandes lecciones las que podemos aprender al tratar las anteriores interrogantes.

©Copyright 2004, 2006 por La Verdad para Hoy
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS